



**Bilboko
Elizbarrutia**
DIÓCESIS DE BILBAO

JESÚS NOS ENSEÑA A HABLAR CON DIOS

ANEXO 8

PARA DINAMIZADORES, CATEQUISTAS, MADRES Y PADRES

**Delegación de Anuncio y Catequesis
Fede- Zabalkunde eta Katekesirako Ordezkaritza**

JESÚS NOS ENSEÑA Y ANIMA A HABLAR CON DIOS PADRE, LA ORACIÓN¹

No puede haber vida cristiana si no nos relacionamos con Dios nuestro Padre, si no cuidamos, de manera especial, el encuentro y el diálogo con él, si no oramos. La fe es don gratuito de Dios que florece a través de la experiencia y el testimonio, pero necesita la oración -el encuentro con Dios- para alimentarse, madurar y afianzarse. Eso es lo que descubrimos y vemos en Jesús de Nazaret, en su vida y en su mensaje. Si queremos comunicarnos con Dios, si queremos ser cristianos, si queremos crecer en nuestra vida espiritual, si queremos aprender a orar de verdad, si queremos iniciar a los niños en la oración... miremos a Jesús, sigamos sus pasos y sus enseñanzas. Él es nuestro mejor maestro.

Todos necesitamos relacionarnos con otras personas, sobre todo con las más cercanas y amigas; si no lo hacemos nos empobrecemos humana y socialmente. De igual forma, el cristiano si no cultiva su relación con Dios se empobrece y deja de creer en él. Y es que la amistad que no se cultiva se pierde en el olvido y acaba muriendo. Un cristiano, catequista o padre de familia, adulto o niño, si no se relaciona con Dios, si no ora, no crece evangélicamente y su fe se acaba debilitando.



Para Jesús de Nazaret la experiencia de Dios y su relación con él es central y decisiva en su vida. Jesús no es alguien disperso, atraído por diferentes intereses, sino una persona unificada en torno a Dios, su Padre y Padre de todos. Es Dios quien está en el centro de su actividad y de su mensaje y el que da sentido a su vida. Sin la referencia a Dios la figura de Jesús queda desvirtuada, su mensaje debilitado y su actuación privada del sentido que él le daba.

Cómo vive Jesús su relación con Dios, su Padre

Si ahondamos un poco en el testimonio de los evangelios, hay algo que se percibe enseguida y con mucha claridad: Para Jesús, Dios no es una teoría sino Alguien del que tiene experiencia, con el que se relaciona, que le conoce y ama, que le transforma y le hace vivir buscando una vida más digna, amable, humana y dichosa para todos.

Jesús no propone una doctrina sobre Dios sino que nos ofrece su experiencia y testimonio de relación con Él. Y sorprende a la gente de su tiempo, y nos sorprende hoy a nosotros, no porque exponga ideas nuevas sobre Dios, sino porque lo implica en su vida y en la vida de todos.

Su experiencia de Dios le empuja a liberar a las personas de miedos y esclavitudes que les impiden sentir y experimentar a Dios como Padre, amigo, defensor de la vida y de la felicidad de sus hijos

♦.....

¹ Tomado de guía catequesis parroquial familiar 2º, Tema 3º, Jesús nos enseña y anima a hablar con Dios Padre, p 3-6. Guía Pedagógica ¡Ven y lo verás!

Arraigado en la fe de su pueblo, Jesús va conociendo y alimentándose de la tradición religiosa de Israel. Pero no se contenta con revivir su itinerario espiritual. Busca a Dios en su propia existencia y abre su corazón para escuchar lo que Dios quiere decir, en aquel momento, a su pueblo y a él mismo. Se adentra en el desierto, escucha al Bautista, busca la soledad de lugares retirados, pasa largas horas en silencio... Anhela hacer el querer de Dios. Y Dios, que habla sin pronunciar palabras humanas, se convierte en el centro de su vida y en la fuente de toda su existencia.

Una experiencia clave

Los evangelios coinciden en afirmar que la actividad profética, sanadora y liberadora de Jesús comenzó a raíz de una intensa y poderosa experiencia de Dios, con ocasión de su bautismo en el Jordán. Nada expresa mejor lo vivido por él hasta ese momento, y lo que vivirá después, que esas palabras tan íntimas e insondables: *"Tú eres mi hijo amado; en ti me complazco"* (Mc 1, 11). El relato subraya el carácter entrañable y gozoso de esta vivencia y revelación. Y la palabra Abba, nombre con el que Jesús llama a Dios cuando se comunica con él, lo dice todo: su confianza absoluta en Dios y su disponibilidad incondicional.



La vida entera de Jesús transpira confianza. Todo lo hace animado por esa actitud genuina, espontánea, intensa, de confianza en su Padre. Busca su voluntad sin recelos, cálculos ni estrategias. Su confianza hace de él un ser libre de costumbres, tradiciones o modelos rígidos; su fidelidad al Padre le hace actuar de manera creativa, innovadora y audaz. Y esta confianza es tan grande que sólo busca cumplir su voluntad. Es lo primero para él.

La importancia de la oración

Jesús no olvidó nunca su experiencia en el Jordán. Por eso, en medio de su intensa actividad, buscó y cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y en la soledad. Las fuentes cristianas conservan el recuerdo de una costumbre que causó honda impresión: Jesús solía retirarse a orar. No se contenta con orar en los tiempos prescritos para todo judío piadoso, sino que busca personalmente el encuentro íntimo y silencioso con el Padre. Esta experiencia, repetida y siempre nueva, no es una obligación añadida a su vida y tarea diaria; es el encuentro que anhela su corazón de Hijo, la fuente de la que necesita beber para alimentar su ser. Por eso, la oración es algo central en su vida y en su enseñanza.

Según testimonian los evangelios Jesús ora con frecuencia y expresamente. Las referencias evangélicas, aunque breves, son abundantes. Ora en el desierto, en el monte (Mc 6, 46), en lugares apartados, de madrugada (Mc 1, 35), por la noche (Mt 14, 23), en momentos especiales (Lc 3, 21; 9, 18.29), antes de tomar decisiones importantes (Lc 6, 12), antes de hacer milagros, después de predicar a la muchedumbre, cuando los discípulos vuelven de su misión (Lc 10, 21-22), en el huerto de los olivos (Mt 26, 36-44), en la cruz (Mc 15, 34; Mt 27, 46)... Ora también por personas concretas: por Pedro (Lc 22, 23), por sus verdugos (Lc 23, 24), por sus discípulos y todos sus continuadores (Jn 17)... Jesús necesitaba orar y lo hacía porque su relación con Dios, su Padre, le impulsaba a ello. La oración no era una obligación sino que nacía del anhelo de su corazón.

Un buen maestro

La forma de orar de Jesús y su relación especial con Dios no pasó desapercibida a los que le acompañaban y escuchaban, a los que convivían con él por los caminos y poblados y compartían experiencias, ratos libres, diálogos, descansos, el polvo del camino, la escasez de alimentos y el trabajo por el Reino de Dios. Él no oraba como los fariseos y como otras personas de su tiempo que sus discípulos conocían; su oración nacía del anhelo de su corazón, y de forma sorprendente e inaudita se dirigía a Dios llamándole cariñosamente Abba, (papá, aita). No es de extrañar, pues, que sus discípulos quisieran imitarle y que le pidieran que les enseñara a orar.

"Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar; cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos" (Lc 11, 1).

Seguro que fue una pregunta espontánea, sin preparar, salida del deseo, la necesidad y el corazón. Una pregunta natural ante la naturalidad con que Jesús trataba con Dios su Padre. Y Jesús les enseña -y nos enseña- el Padrenuestro.



"Cuando oréis, decid:
"Padre, santificado sea tu nombre,
venga tu reino;
danos cada día el pan que necesitamos;
perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos
a todo el que nos ofende;
y no nos dejes caer en la tentación".
(Lucas 11,1-4)

Jesús nos deja en herencia una oración que condensa en pocas palabras lo más íntimo de su experiencia de Dios, su fe en el reino y su preocupación por el mundo. En ella deja entrever los grandes deseos que latían en su corazón y los gritos y súplicas que dirigía a su Padre en sus largas y frecuentes horas de silencio y oración. Es una oración breve, concisa, directa, que sin duda sorprendió a quienes estaban acostumbrados a rezar con un lenguaje más solemne y retórico.

Esta oración de Jesús, llamada popularmente el "Padrenuestro", siempre ha sido considerada por la Iglesia, desde las primeras generaciones cristianas, la oración por excelencia, la única enseñada por Jesús para alimentar la fe de sus seguidores. Con el Padrenuestro expresamos y pedimos al Padre tres anhelos para que él siga siendo el eje, motor y centro de nuestra vida:

- *Santificado sea tu nombre*: queremos respetarte y respetar tu nombre, reconocemos que tú eres lo mejor, lo más santo y valioso que hay en nuestras vidas.
- *Venga tu reino*: queremos, deseamos y trabajamos para que tú nos lo des y podamos vivir en un mundo en el que florezca el amor, la justicia, la verdad, la paz...
- *Hágase tu voluntad*: es decir, tu querer, tu deseo, lo que tú sueñas y llevas en tu corazón.
- Y también le expresamos nuestros anhelos y necesidades para vivir realmente como hijos y hermanos y le pedimos por ello, cosas necesarias para el cuerpo y el espíritu: el pan de cada día; el perdón por nuestras ofensas y malos comportamientos; el no caer en la tentación, es decir, el elegir bien y correctamente; y el ser liberados del mal y sus redes, a veces tan manifiestas, a veces tan ocultas.

La forma de orar de un grupo expresa una determinada relación con Dios y constituye una experiencia que vincula a todos sus miembros en la misma fe. El Padrenuestro -dicho, sentido y vivido- ha sido y es nuestro mejor signo de identidad como seguidores de Jesús. Es santo y seña de nuestra espiritualidad y de nuestra comunicación y comunión con Dios.

Podemos ser torpes, podemos encontrarnos con dificultades externas e internas, podemos olvidarnos, podemos buscar justificaciones para no orar... pero tenemos el mejor Maestro. Para orar (o para aprender a orar) tenemos que fiarnos de Jesús, tenemos que dejarnos guiar por él.

¡Haz la prueba y verás!